

por el Centro de Estudios Europa Hispánica. Lleva por título *Diccionario Cervantes* y responde, como dice en su advertencia, a una moda muy extendida en Francia y mucho menos en España, la de los diccionarios dedicados a autores literarios, que en el país vecino ha producido obras similares centradas en Apollinaire, Flaubert o Proust, entre otros. Estos libros tienen su espacio, por cuanto no suponen la especialización en el lector que exigen otras obras, como por ejemplo en nuestro caso la *Gran Enciclopedia Cervantina* (en proceso de edición actualmente).

En lo que se refiere a lo puramente material, el libro que reseñamos es de una belleza destacable. Su impresionante factura, el diseño de su portada (un dibujo de Hernán Cortés del supuesto retrato de Cervantes conservado en la Real Academia Española), la calidad del papel y las reproducciones están en perfecta consonancia con el contenido de la obra, y todo ello transmitido con un estilo elegante y sobrio, como corresponde al maestro francés. Después de las entradas por orden alfabético (hasta la p. 488), el libro incorpora un Cuadro genealógico de los Cervantes (490), una Cronología del autor (491-494) y una Bibliografía actualizada (495-505), que combina las referencias de las obras literarias que se citan con las últimas aportaciones sobre el autor del *Quijote* y su obra. La referencia de donde se toman las capitulares (506-507), los créditos fotográficos (508-509) y hasta la ilustración escogida para el colofón nos dan idea del mimo con que está impreso este libro, que ha cuidado hasta los detalles más pequeños.

Este tipo de obra busca a un lector que «no quiere conformarse con una narración regida por los imperativos de la cronología» (11), lo cual hace referencia,

CANAVAGGIO, Jean. *Diccionario Cervantes*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica, 2020, 509 pp.

El profesor Jean Canavaggio, maestro de cervantistas, nos sorprende nuevamente con un libro editado con primor

claro es, a las múltiples biografías de Cervantes, una de las más importantes justamente firmada por el profesor Canavaggio. A diferencia de las anteriores, una obra de tipo lexicográfico como la que ahora reseñamos supone una organización del mundo por orden alfabético, pero el tipo de diccionario que presentamos ha escogido una parte de ese mundo para que el lector pueda «vagabundear» (11) por él e ir saltando de un tema a otro, dentro de la riqueza que supone Cervantes y su obra. El autor reconoce que no pretende la exhaustividad, lo cual sería casi imposible en el caso del autor del *Quijote*, sino poner al día una serie de cuestiones tan amplias como la biografía de Cervantes, las ciudades que visitó, los miembros de su familia, sus obras, la trascendencia en otras literaturas o en otros medios y un largo etcétera. Es evidente que los diccionarios no se leen página por página y seguramente el lector del que reseñamos tampoco escoja esta manera de acercarse a él, porque preferirá ir saltando las voces de las ciento treinta y tantas entradas en que se organiza, desde Acquaviva al *Viaje del Parnaso*. Todo ello trufado con una gran cantidad de reproducciones de gran calidad a veces a página completa (documentos, grabados, partituras, fotografías, portadas de libros...) que contribuyen a hacer más atractiva la obra.

El autor no ha pretendido ofrecer en este libro novedades sobre Cervantes y su obra, pero sí un «estado de la cuestión despojado de leyendas» (12), una puesta al día en tantos y tantos temas que siguen teniendo interés: la familia del autor, sus ciudades, su vida de soldado, las prisiones que tuvo que soportar, su formación intelectual y, por supuesto, su producción literaria y las atribuciones. Se ha privilegiado todo lo que tiene que ver con la

recepción de dicha obra en los diferentes medios artísticos: cine, danza, teatro, música, pintura; pero especialmente con la recepción literaria: en la que un buen número de autores de ámbitos diferentes aparecen convenientemente estudiados bajo la óptica de la influencia cervantina en su obra. Así, en las entradas dedicadas a Azorín, Borges, Américo Castro, Galdós, Ortega o Unamuno, que se vieron atraídos de una u otra manera por el estudio de la figura de Cervantes, Canavaggio intenta deslindar lo que se les debe y la manera de mirar al manco de Lepanto. Y también en las que se dedican a todos aquellos autores extranjeros que se vieron influidos por su obra, particularmente por el *Quijote*: Borges, Chesterton, Defoe, Dickens, Diderot, Dostoievski, Flaubert, Kafka, Melville, Molière, Shakespeare, Thomas Mann, Walter Scott Sterne o Mark Twain. Sin contar, por supuesto, aquellos otros no literarios: pintores como Dalí o Picasso, músicos como Falla, ilustradores como Doré o Lagniet, etc. Otros artículos se plantean la influencia de la obra en la Música, el Cine, la Ópera, el *Ballet* o el Cómic en general.

En lo que toca a los aspectos biográficos, muy bien documentados en el *Diccionario*, Canavaggio discute interpretaciones bastante asentadas en la biografía cervantina, como que el autor del *Quijote* no fuera en realidad el personaje que hiere en Madrid a Antonio de Sigura (17) y otras menos aceptadas, desprovistas además de una prueba documental, como que Acquaviva y Cervantes fueran amantes (*ibid.*). Pone al día la biografía de la familia de Cervantes y de otros personajes que tal vez tuvieron que ver con él en diferentes momentos de su vida, como Agi Morato (Hayyi Murad), quien tal vez permitió al autor escapar del suplicio en Argel (25). Sobre su origen converso da

una opinión matizada: el que su origen fuera converso «quizá podría iluminar tal o cual aspecto de su universo mental, pero no nos daría la clave de su creación» (134), contra la opinión de otros estudiosos anteriores, como Américo Castro.

Y en lo referido a las obras atribuidas a Cervantes, el autor admite la autenticidad de algunas, como la *Epístola a Mateo Vázquez* y *La conquista de Jerusalén*, según las últimas investigaciones, pero no otras piezas como el entremés *Los habladores* o el auto *La soberana virgen de Guadalupe*, por no citar sino dos títulos. El autor expresa su opinión ponderada o menciona a otros estudiosos para afirmar o negar la autoría sobre obras atribuidas como *La tía fingida* y otras que se han ido allegando a su pluma.

Nos parece muy certera la opinión que tiene el autor sobre los diferentes géneros que cultivó Cervantes: la poesía, el teatro o la novela (corta o extensa). Canavaggio sitúa en su justo lugar el teatro de Cervantes, que buscaba su lugar frente a la comedia de Lope, o su labor como poeta, despojada de viejas «leyendas» que simplemente venían a recordar su escaso papel en la evolución de la lírica, cuando tantos romances suyos se publican sin nombre de autor. Es exacta, a nuestro juicio, la apreciación sobre la influencia de las *Ejemplares* en otros autores (como Tirso o Zayas, por ejemplo), a la que acaso se podría haber añadido a ese único epígono cervantino que se llamó Ginés Carrillo Cerón, autor de una pobre continuación del *Coloquio de los perros* (1635). Y también está muy puesta en razón, por ejemplo, la opinión sobre el influjo Cervantes entremesista sobre los autores posteriores, que no consiguieron captar el espíritu del genial creador de *El retablo de las maravillas* (167).

En lo que se refiere a los imitadores y seguidores de Cervantes, me parece extraordinaria la apreciación de que Avellaneda convierte a los protagonistas del *Quijote* en monigote y bufón y repite mecánicamente los comportamientos estereotipados, en un diálogo de sordos, que no es más que «un perpetuo vaivén de dos soliloquios redundantes y verbosos» (40) de la genial creación cervantina. No cree el autor que esté demostrada la identificación del falsario con Pasamonte, opinión que refuta consistentemente, ni tampoco la de Baltasar de Navarrete. Parece sugerir que hoy por hoy a lo más que se puede llegar es a poner entre comillas el nombre de Avellaneda, como hace Luis Gómez Canseco en su edición de la obra en la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española.

Puestos a pedir, hubiese estado muy bien aludir a la amplísima difusión que la persona de Cervantes y todo lo relacionado con él se encuentra en la novela contemporánea que más o menos merece el calificativo de «histórica», obras como las de Juan Eslava Galán, *El comedido hidalgo* (1994) y *Misterioso asesinato en casa de Cervantes* (2015); Andrés Trapiello, *Al morir don Quijote* (2004) y *El final de Sancho Panza y otras suertes* (2014); Alfonso Mateo Sagasta, *Ladrones de tinta* (2004); Luis García Jambrina, *La sombra de otro* (2014); Carlos Luria, *El hidalgo que nunca regresó* (2016); Álvaro Bermejo, *El ingenioso hidalgo* (2016), por no citar sino unos cuantos títulos de los últimos años, que muestran bien a las claras la pujanza que tiene el autor en ese género narrativo. Acaso podría haber tenido entrada un artículo dedicado a las falsificaciones cervantinas, que Canavaggio menciona a propósito de los retratos del autor o de algún documento (la carta al arzobispo Sandoval y Rojas, que se con-

serva hoy en la Real Academia Española); y quizá también se podría haber hecho lo mismo con obras como el *Buscapié* de Adolfo de Castro y otras. Seguramente, al lector le habría gustado encontrar reproducido el documento descubierto hace relativamente poco sobre la licencia y privilegio del *Quijote*, escrito por Francisco de Robles y firmado por el autor de la obra (Fernando Bouza: *Dásele licencia y privilegio*, Madrid: Akal, 2012).

Por mor de añadir algo a obra tan completa, acaso se podría haber añadido también la influencia que tuvo en la literatura portuguesa del XVIII: desde el *Entremés de don Quijote* de un tal Nuño Nisceno Sutil, a la *Vida de don Quixote de la Mancha e do gordo Sancho Panza* (una especie de ópera con títeres representada en Lisboa en 1733), de Antonio José da Silva, o Judeu, por no poner sino dos ejemplos. Y quizá se podría haber citado a esa primera mujer cervantista que es Mary Shelley (1797-1851), a propósito de la biografía de Cervantes que escribió y de las relaciones que su obra y en particular la más famosa, *Frankenstein* (1818), tuvo también con el autor de *Don Quijote*.

Pero es cierto que es imposible abarcar todo y puede que algún lector eche en falta también otras entradas, como posiblemente la dedicada a Ascanio Colonna, al que se alude sin embargo en la p. 28 y a propósito de *La Galatea*, pero entendemos que no pueden tener cabida todos los personajes que tuvieron relación con Cervantes. También en lo referido a los lugares otra dedicada a Nápoles, la ciudad que Cervantes alabó tanto y en la que quizá pudo haber tenido un hijo, el mencionado como Promontorio. Acaso también una entrada dedicada a la Real Academia Española, una de las instituciones que más han hecho por preservar la memoria del

autor, no solo por conservar su supuesto retrato (que Canavaggio ratifica que es falso), sino también por las múltiples ediciones, de éxito, desde la de Ibarra hasta la del centenario de 2004 y publicaciones dedicadas a Cervantes (todas las citas de esta obra se remiten a las ediciones que acaba de publicar la RAE, es decir, las incluidas en la Biblioteca Crítica). Pero es evidente que el autor ha tenido que seleccionar, y ya advierte en el prólogo que su propósito no es exhaustivo.

Canavaggio no elude ninguno de los temas espinosos relacionados con el autor y así por ejemplo opina que la posición de Cervantes ante problemas como el de la expulsión de los moriscos es bastante valiente, demostrando el drama humano que tuvieron que soportar los moriscos españoles, según el conocido episodio de Ricote. Las palabras favorables a la expulsión en el *Coloquio de los perros* resultan hábilmente contrastadas con el sentimiento humano de la pérdida. Pone también en su sitio a los que creen haber encontrado en uno concreto «el lugar de la Mancha» porque no quiere acordarse de empresas quijotescas como esta.

En obra tan abarcadora como la presente, se desliza muy pocas veces alguna errata: en la p. 83, bajo la entrada «Cautiverio», se nos dice que la galera el *Sol*, donde volvían a España Cervantes y su hermano Rodrigo, en 1575, «fue abordada por los corsarios» el 20 de septiembre; pero en la p. 99, en la entrada «Cervantes, Rodrigo (hermano)» se menciona que «el día 26, a la vista de las costas catalanas, la galera fue sorprendida por unos corsarios», fecha que coincide con la que se da en la p. 376, bajo la voz «Prisiones». También se señala que *El gallardo español* nos hace revivir «El asedio que padeció Orán en 1564» (118), en lugar de 1563. Mínimas erratas, como digo (corre-

gidas –además– en hoja aparte que amablemente me ha hecho llegar su autor), en un maremágnun de nombres y fechas tan desmesurado como contiene la obra.

Nos quedamos con el magnífico ejercicio de erudición, accesible además a cualquier lector que busque una puesta al día sobre tantos temas relacionados con Cervantes. En suma, este *Diccionario* es un monumento al saber y esfuerzo de síntesis de lo que se ha escrito sobre el autor del *Quijote*, y no podemos sino felicitar a su autor por tomar esta iniciativa, que bien podría extrapolarse a otros autores de nuestra literatura.

ABRAHAM MADROÑAL
Universidad de Ginebra